

Habíase, en efecto, notado en Rusia que Austria, al ver lo mal que marchaban las operaciones rusas, había principiado á completar los cuadros de sus regimientos,—Agosto de 1828,—pero aún cuando estos armamentos no tenían un carácter agresivo, los moscovitas no dejaban de adivinar que todo aquello se hacía para alentar á Turquía. Esto parecía lo más natural, por lo mismo que Rusia comprendía que el descrédito que sobre las operaciones de su ejército lanzaba la prensa italiana, era efecto de las comunicaciones de Metternich, quien se hacía enviar del teatro de la guerra las más pesimistas y mentirosas comunicaciones que luégo difundía por toda Europa con ánimo de engañar al mundo entero. En Londres se recibían tales comunicaciones como golosinas y Wellington les daba entero crédito y las autorizaba con su competencia militar.

Cuando Metternich, que tales picardías hacía, se enteró de que el conde Heyden reclamaba en el Mediterráneo su cualidad de potencia beligerante, la que coincidía con la llegada de los franceses en Morea, lo que era sólo efecto del deseo de Rusia de ver si podía obligar á la Puerta á pedir la paz, en vista de las contrariedades que sufría su ejército entre Schoumla y Varna y en Silistria; Metternich aprovechó el gran disgusto que esta actitud causó en Londres, á la que llamaba Wellington una traición, para presentar la conducta de Francia de una manera sospechosa, diciéndole que los franceses después de proclamar la independencia de Grecia, impondrían la paz á la Puerta en provecho de Rusia, para lo cual era preciso que las potencias aprovecharan el invierno para ponerse de acuerdo á fin de librar á Europa de una *perspectiva de males y de revoluciones* sin cuento.

Wellington, que como hemos dicho no era nada más que un soldado y un hombre de partido reaccionario, no necesitó de más para salir disparado, diciendo á quien quería oírle que era necesario terminar rápidamente la guerra de una ú otra manera. No le disgustaba el papel de mediador entre Rusia y Turquía, creía que su nombre y su reputación de que tan celoso estaba, habían de ganar y así mientras encargaba á los austriacos que procurasen confesar á Prusia, él se dirigía á Polignac con ánimo de descubrir las intenciones de Francia.

Fué precisamente el embajador de Prusia, barón de Bülow, quien salvó la situación descubriendo los manejos de Metternich y dando de todo ello aviso lo mismo á Werther, embajador de Prusia en Francia, que á Pozzo di Borgo. Pozzo no se lo hizo decir

dos veces: habló alto, protestó de la sinceridad de Rusia, de su lealtad al tratado de Julio, demostró al gobierno francés como era Metternich, el cual quería enredarle con Rusia y desprestigiarle delante de Europa, y ya en esto cuando Polignac propuso lo de la mediación por consejo de Wellington el embajador de Francia se ganó una severa amonestación, en verdad muy merecida,—1.º de Noviembre.—Las proposiciones de la mediación fueron desechadas de una manera categórica. Como lo mismo medió en Prusia, Wellington abrió los ojos y comprendió á donde había querido llevarle la implacable saña de Metternich contra Rusia y contra las ideas liberales representadas por la restauración de Grecia.

Wellington se desentendió de Metternich y de su cuádruple alianza y volvió á su idea favorita de su unión con Francia contra Rusia, acariciándola y rogándole que diera su aquiescencia al proyecto de que volvieran á Constantinopla los embajadores de Francia á Inglaterra.

Francia, ó por mejor decir su rey y su gobierno, se encontraban en una situación tan difícil en el interior,—no se olvide que estamos en vísperas de la revolución de 1830,—que le era imposible en política exterior tener, como no lo podía tener en política interior, una idea fija, fluctuando de aquí para allá, agarrándose á todo lo que le podía dar prestigio, sin ver que á lo que hoy se atenía, podía ser causa de su mayor descrédito mañana.

Ahora la hemos visto dar una lección severa y merecida á Wellington, que dudaba de su lealtad, y sostener su alianza con Rusia, de modo que cuando más firme parecía esta intimidad con el tsar, es cuando merced á la nueva presión de Wellington se separa de él, y se une de nuevo á Inglaterra y consiente en el envío de los embajadores á Constantinopla, lo cual, naturalmente, había de disgustar profundamente á Rusia, que no había de dejar de comprender que á lo que se tiraba era á su aislamiento.

Grande era la irritación del tsar y de su gobierno por el acuerdo de Francia é Inglaterra y sin la grande autoridad de Bülow, uno de los poquísimos diplomáticos de la época, que se empleó en templar el enojo de Rusia, es seguro que estalla un conflicto gravísimo. Pero ya lo hemos dicho, Bülow era un hombre tan digno como circunspecto, había prestado grandes servicios á Europa poniéndose siempre del lado de lo justo y de lo conveniente, había demostrado además ser amigo de Rusia como acababa de probárselo denunciándole los proyectos de Metternich y tenía de-

recho á ser atendido y escuchado como lo fué. Rusia adoptó en consecuencia un temperamento conciliador.

Nesselrode,—3 de Enero de 1829,—al contestar á la comunicación que se le había pasado del acuerdo tomado por Francia é Inglaterra, no dejó por esto de acusar á Wellington de inconsecuente, era lo menos que podía hacer, recordándole que ahora aceptaba lo mismo que había rechazado en el verano. Sin embargo, decía el ministro ruso, tomando en consideración los intereses de los aliados, porque Wellington decía que el Parlamento inglés exigía que se reanudaran las relaciones diplomáticas en Constantinopla, que Rusia consentía lo acordado, pero á condición de que por adelantado se estatuyese sobre la suerte de Grecia, «es decir, sobre sus fronteras, su organización interior y sus relaciones futuras con la Puerta.» En Londres se recibieron estas proposiciones con sumo agrado.

Rusia en vista de la actitud de Austria, había llegado á temer que en 1829 no tendría solo que habérselas con la Puerta y en este sentido habló Nesselrode al embajador de Rusia, en Berlín, conde Alopeus, de modo que al cerrar 1828, Rusia tenía que hacer, en previsión de lo futuro, frente al peligro que pudiera venirle, así de Inglaterra como de Austria; y como en Rusia no se ignoraba que el promotor de la cuádruple alianza era Metternich, el resentimiento profundo que sentía Rusia por Austria se dejaba ver con el menor pretexto. Este resentimiento lo explotaba incesantemente Pozzo di Borgo escribiendo uno y otro despacho sobre la insidiosa y falaz política de la desagradecida Austria, así ahora al disiparse el peligro por la parte de Inglaterra, y convencida Rusia de que entre Inglaterra y Austria no existía pacto ni trato alguno, se volvía ahora contra Metternich, quien, por su parte, persistiendo en desprestigiar á Rusia delante de todas las grandes cortes europeas, hasta el punto de presentarla arruinada é incapaz de toda acción militar, instaba á la Ferronnays para que diera su aprobación al plan de un Congreso entre las partes beligerantes y á las otras grandes potencias para llegar al restablecimiento de la paz bajo la garantía común de las grandes potencias; pero de estos planes de Metternich daba cuenta la Ferronnays á Pozzo, éste á Lieven, y por consiguiente todos vivían alerta contra los manejos del incansable Metternich.

Si Metternich persistía, aún después de todos sus fracasos, es porque esperaba derribar al gobierno de Francia con ayuda de Wellington, que este menguado político le prestó y conseguir que se llamara de

nuevo á Vilelle y que entrara en Estado el príncipe de Polignac. Polignac metido en el juego, tuvo el atrevimiento de irse á París para enterarse de si las simpatías que Francia mostraba para Rusia eran hijas de la voluntad del monarca ó de sus ministros, teniendo que regresar el príncipe á su destino, después de oír de labios del rey y de la Ferronnays que Francia era la fiel aliada y amiga de Rusia. Indudablemente contribuyó no poco á esta decisión el falso rumor de que Austria pensaba en restablecer en el trono de Francia al hijo de Napoleon, rumor que supo hacer circular y acreditar la diplomacia rusa al ver en París á Polignac, para crear á la misión de éste toda clase de obstáculos. En Berlín tampoco encontró Metternich quien quisiera asociarse á su plan del Congreso.

Enterada Rusia de esos manejos perdió la paciencia é hizo saber á Metternich,—primeros de Enero de 1829,—que todo lo consentiría menos ese Congreso que era contrario á su honor, y como Tatischev pidiera explicaciones á Metternich, éste se las dió negándose todo y pidiendo que declararan París, Londres y Berlín si en las quejas de Rusia había nada de verdad, cometiendo los embajadores de Austria en dichas ciudades la indignidad de declarar de conformidad con los deseos de Metternich, y aun cuando Tatischev podía confundir al príncipe, pues tenía las manos llenas de pruebas, se contentó con humillar aún más al canciller austriaco dándole á entender, pero asegurándole que puesto que él lo desmentía todo, le bastaba su palabra. Cogido y desprestigiado Metternich quiso rehacer su crédito diciendo que los que le acusaban de doblez en su política, era porque creían que él llevaba á donde quería al emperador Francisco, mientras que lo único cierto era que él se veía obligado, bajo pena de tener que renunciar la cartera de Estado, á seguir la política personal del emperador; á este miserable subterfugio tuvo que agarrarse el hombre que por tantos años se creyó el árbitro de los destinos de Europa.

Enterada la Puerta de lo que pasaba, del acuerdo de que los embajadores de Francia é Inglaterra volverían á Constantinopla, de que la inteligencia entre estas últimas potencias y Rusia no era muy íntima ni cordial, y de que lo que pedían Francia é Inglaterra era garantía para la Morea y para las islas, la Puerta vió clara la posibilidad de poder dar fin á las cuestiones de Grecia sin la intervención de Rusia que es lo que ella quería, meciéndose siempre en la ilusión de que podía por sí sola hacer frente á Rusia; de aquí que se mostrara tan pacífica y tan dis-



puesta á oír los consejos de las potencias, pues no hablándosele para nada de la Grecia continental, creía que las potencias solo tenían presente la Grecia peninsular,—la Morea,—y la insular.

Engañada la Puerta, esperaba, pues, impacientemente la llegada de los embajadores inglés y francés, para arreglar la cuestión de Grecia, habiendo prometido formalmente al enviado extraordinario de Francia, Joubert, que había ido á Constantinopla á expresar los deseos de las potencias, que no enviaría

un soldado más á Morea; pero la pobre Turquía no sabía que si los embajadores no se ponían en marcha era porque tenían sus dificultades y les era necesario resolver como lo había exigido Rusia, previamente, lo que debía hacerse con Grecia, y como estas dificultades nacían de la enemistad cada día más grande entre Wellington y Lieven, cada día las dificultades se iban haciendo mayores; más como urgía la resolución porque la primavera se acercaba y con ella la guerra, Rusia se decidió á enviar á



LEON XII

Londres al conde Matouszevitz que estaba iniciado en todos los secretos de la política rusa, á fin de que Wellington pudiera por este medio resolverse á la conclusión del convenio.

Como punto de partida para las negociaciones se habían tomado las conferencias de Poros, que era el punto en que residían los embajadores desde su retirada de Constantinopla.

Los embajadores formularon su cuestionario á Kapodistrias en veintiocho preguntas que pertenecen solo á la historia retrospectiva de Grecia, pues no dió el tal cuestionario resultado alguno. Kapodistrias las envió al Panhellion ó Junta consultiva que él había creado para que informase en los negocios del Estado. El defecto principal de esas conferencias directas entre los embajadores y Kapodistrias, es que éste se creía dispensado de consultar al pueblo griego; así lo que entre ellos se convino y

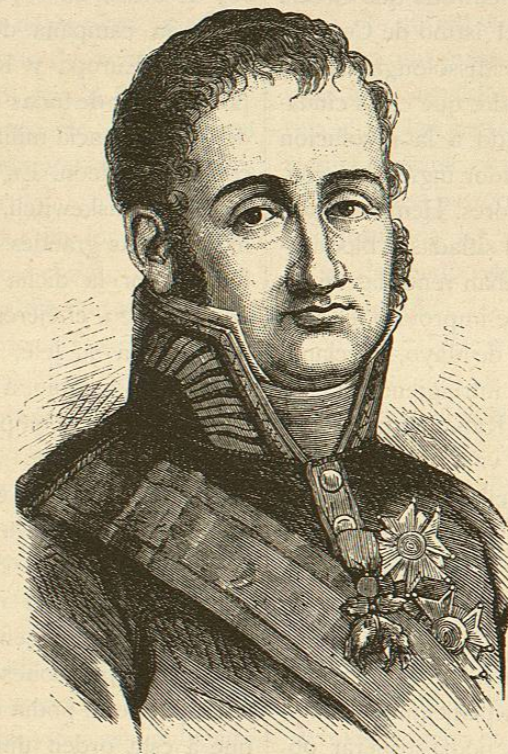
concertó tenía ese vicio de nulidad que crecía á causa de la posición especial de Kapodistrias, quien no podía menos de creerse bien impuesto de las pretensiones de Rusia sobre Grecia. Por esto no tuvo inconveniente en que no fuera materia de discusión entre los embajadores y él el punto de la independencia que el pueblo griego quería absoluta y que él había ofrecido al emperador de Rusia reducir á los límites de la semi-independencia que pedían Rusia é Inglaterra y que Turquía se mostraba dispuesta á conceder.

Habíase convenido en Poros que el tributo que Grecia pagara á Turquía fuera de millón y medio de piastras, que las tierras de la corona pasaran á serlo del pueblo griego, que la elección de las autoridades griegas fuera independiente de toda intervención de la Puerta, y que el régimen político interior de Grecia fuera representativo con jefes

hereditarios, pues decían Kapodistrias y Canning, que Grecia aún bajo la dominación turca, no había perdido sus libertades municipales, y que el mismo Kapodistrias no gozaba de la potestad legislativa. Pero en todos esos proyectos lo vago y lo indefinido quedaba en todas partes, como que los embajadores reunidos en la isla de Corfú no sabían cómo sus gobiernos llegarían á entenderse sobre esa organización interna de Grecia bajo la soberanía de la Puerta; esto mientras del otro lado Kapodistrias

creía que dejándolo todo en el aire recomendaba su candidatura ó la presentaba.

Pero Kapodistrias, liberal y democrata, no podía ser el candidato de Rusia, y hé aquí por qué el residente ruso Bulgaris, de acuerdo con Kapodistrias, redactó una memoria que se hizo circular por Rusia á las potencias, reclamando para Grecia enérgicamente el gobierno monárquico absolutista, condenando asimismo á la Asamblea de Treizen que había elevado á la presidencia á Kapodistrias, de



FERNANDO VII, rey de España

modo que éste, movido de su ambición, jugaba un juego peligrosísimo, pues había de bastar naturalmente que se husmease algo de su manera de tratar ó de ver la Constitución que se había dado Grecia para que su presidencia corriera el mayor peligro. Así se llevó todo esto con la mayor reserva, y cuando la memoria de Bulgaris llegó á las conferencias de Londres, Rusia la apoyó declarando que no podía ser ruso el jefe de Grecia, lo cual equivalía á declarar que tampoco podía ser inglés ó francés, y por consiguiente, se abrió el camino para la candidatura de Kapodistrias.

Respecto de la cuestión territorial, los griegos y Francia estaban para que llegara á los últimos extremos; sin embargo, nadie pensaba en arrebatar á Turquía la Thessalia ni la Macedonia. La cuestión era llegar á los límites de aquella provincia, ó bien

bajar á los límites de la primitiva y antigua Grecia, que es lo que quería Wellington, y en este sentido había dado instrucciones á Stratford Canning; pero éste se dejó convencer por los griegos y franceses y firmó como límites los contiguos á la Thessalia, y con esto firmó también su destitución, que no le hizo esperar Wellington, que le dió por sucesor á Gordon, el hermano del conde Aberdeen.

Esto dicho, se comprende que en Londres las negociaciones marcharan mal. No podían entenderse sobre el grado de independencia de Grecia, ni sobre los límites, ni sobre la organización interior de Grecia; así se acabó por dejarlo todo como en Poros, para ver cómo lo recibiría el gobierno turco, el cual, cuando se le enteró por los embajadores, á su llegada, del presente que le traían, les contestó de la manera más categórica que todo lo que habían